

Dr. Aias,

17

12323

DISCURSO

LEIDO POR EL

M. I. SR. VICARIO CAPITULAR,

CATEDRÁTICO DE HISTORIA ECLESIASTICA

EN EL SOLEMNE ACTO

DE APERTURA DEL AÑO ACADÉMICO DE 1871 A 72

en este Seminario Conciliar.



PLASENCIA:

IMPRENTA DE F. RAMOS Y DE LEON.

1871.

2
12323

Tit. 63259

Cod. 1072058

DISCURSO

DE

M. J. DE LA FUENTE

EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS

EN EL AÑO 1871

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS

EN EL AÑO 1871



EL AÑO 1871

EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS

1871

Señores:

VED aquí una solemnidad antiquísima, y no obstante se repite todos los años con una novedad que debe llamar nuestra atención. Esta novedad de siempre, y esta antigüedad del día, tiene algo de extraordinario; es un acontecimiento particular que en su misma naturaleza debe llevar la razón especial, de lo que pudiéramos llamar fenómeno en el orden de los hechos, que se suceden y que presenciarnos. Creo, Señores, que la grandeza de los acontecimientos, por mas que se repitan, es la causa principal de la novedad que encierran, y tanto mas me confirmo en esta opinion, cuando formo el paralelo entre la naturale-

za corpórea, la intelectual y la simplemente espiritual. En efecto: al considerar las grandes obras de la creación corpórea, al fijar la atención en las escenas admirables de la naturaleza sujeta á las leyes invariables de la materia, no podemos menos de quedar sorprendidos, y nuestra admiración crece á medida que nuestro examen profundiza las bellezas de la creación, y sorprende, á nuestro modo de ver, las armonías que encierra. Desde la creación del mundo existen los mares, como terminantemente nos lo enseña la cosmogonía mosaica, confirmada ante la razón por los adelantos de la Geología, y apesar de su constante y uniforme existencia; este espectáculo de la naturaleza es á la simple vista una novedad que siempre deja algo que desear al hombre que le contempla; siempre produce en nuestro ánimo esa sensación agradable de la admiración que absorbe nuestra alma y la sustrae á las impresiones de los demas objetos que la rodean; llena por decirlo así nuestro ser, cautivando los sentidos y encadenándolos á su movimiento apacible, cuando está en calma, y aterrados, cuando en deshecha tempestad parece el vértigo de la muerte, y el estertor del mundo que perece. En ambos casos revela la magestad y grandeza de su Autor; es como la manifestación material de la mano omnipotente, que prestó fuerzas al hombre para elevarse á la consideración de las grandes verdades en el orden moral y filosófico.

Los mismos efectos produce la contemplación de la naturaleza en la parte vegetal, animal y astronómica; y si buscamos sus relaciones, su vida mútua, por decirlo así los puntos de contacto en esa gran cadena de la creación, si por medio de la razón ilustrada por la fe penetramos en los secretos de esta

misma naturaleza, olvidamos nuestra grandeza y confesamos nuestra pequeñez ante la inmensidad del Creador. Estos hechos han tenido lugar siempre; esto lo presenciaremos hoy, y esto sucederá mientras el mundo exista. Las ciencias y las artes tienen su alimento en la gran obra de la creación; pues no son otra cosa que el estudio y la imitación de la naturaleza, medio por el cual se eleva el hombre á Dios, le conoce, ayudado además por la verdad revelada que en todo se halla conforme y en nada destruye esta obra sorprendente de la omnipotencia infinita.

El hombre, compuesto de naturaleza corpórea y espiritual, tiene á su disposición dos caminos que responden á las necesidades de su ser; se le manifiesta Dios de dos modos para enaltecerle bajo su doble aspecto, y podemos decir que hay dos revelaciones, una material, segun aquello del Salmo: *Cæli enarrant etc.* y la revelación teórica, especulativa, intelectual, espiritual; la divina palabra que nos dice: *Deus erat Verbum, .. omnia per ipsum facta sunt.* Por estos dos caminos el hombre se acerca mas y mas á Dios, y la proximidad á este Ser Supremo ennoblece á las criaturas, le eleva á otra esfera, y esta elevación es la que llamamos admiración; esta nueva adquisición de ideas, es la sorpresa de lo extraordinario que cautiva el corazón del hombre que siempre está inquieto hasta descansar en Dios.

Pero no es posible, Señores, hacer abstracción de ninguno de los dos medios que Dios pone á nuestro alcance para conocerle, pues que el hombre no puede prescindir de ninguno de los dos elementos esenciales que le constituyen, y es muy fácil que olvidando este su parte material, olvide su pequeñez, se crea en absoluto Rey del mundo y en el delirio de su

grandeza desprecie la noción de Dios, su Autor, su Creador, Salvador y glorificador. Este es el origen del racionalismo, espiritismo, idealismo y demás sectas filosóficas que todo lo reducen á una combinación psicológica, cuya base es el yo ó el espíritu humano. Si el hombre olvida la revelación especulativa, fijándose solo en la naturaleza corpórea, llega á olvidar su grandeza y cae en el precipicio opuesto, convirtiéndose en materialista, negando no solo la razón humana, sino también los instintos; y reduciendo la creación á una combinación de fuerzas, de partículas y de átomos, que proclaman el panteísmo grosero de la materia, destruyendo la noción de los seres espirituales y sujetándolo todo á leyes físicas que existen sin ser creadas, que son efecto y causa á la vez, supuesto que de ellas nace la existencia universal de los seres, y por esta universalidad existen las leyes en virtud de las cuales se mantiene la vida de relación.

A evitar estos escollos y conocer la verdad se dirigen los esfuerzos del hombre imparcial y sensato; á destruir el error tienden las ciencias, poniendo las cosas en su verdadero terreno; por eso la ciencia que nos acerca á Dios por medio de la verdad, es siempre admirable, es siempre nueva, por mas que su antigüedad sea la misma que la del hombre. Sin gran esfuerzo comprendereis porque la solemnidad presente es una novedad, apesar de repetirse todos los años, puesto que tiene por objeto la inauguración de los trabajos del hombre en el campo de la ciencia que nos conduce á Dios, y por consiguiente, á nuestra perfección; y cuanto mas solemnes y mas imponentes se nos ofrecen estos aniversarios, tanto mas alto hablan en favor de la sociedad que así los enaltece.

Se necesita una gran penetracion filosófica y una imaginacion viva, para formular en pocas palabras las excelencias del estudio, el objeto de las ciencias y las ventajas que el hombre y la sociedad reportan por la investigacion; y en este concepto, dejo á vuestra consideracion la dificultad de la empresa, á cuyo desempeño me anima la indulgencia, que os caracteriza y que es propia de los verdaderos sábios.

Para no divagar perdido por el anchuroso, por el inmenso campo de la ciencia, y para tocar mas directamente los puntos esenciales que hoy forman la polémica social, me concretaré á estudiar la verdad católica en el terreno de los acontecimientos, procurando demostrar la necesidad del estudio de la Historia Eclesiástica, á la cual vá unida la historia de la humanidad en sus diferentes aspectos despues del acontecimiento admirable y divino de la Redencion.

Empiezo.

SEÑORES: Si hoy encareciésemos el estudio de la historia podria decirse que es el achaque de la época, que es la dialéctica de la moda, que es la pasion dominante del mundo oratorio bajo cualquier aspecto que se le considere. En los parlamentos, en la escuela, en los ateneos, en todas las reuniones de hombres dedicados al estudio y amantes de las ciencias, se cree una verdadera necesidad el estudio de la historia, no como simple relacion de hechos, sino acompañada de la crítica, de la filosofía de la historia que indaga el origen, marcha y fin de los acontecimientos, que combina y compara los sucesos, que desentraña los hechos para deducir lecciones prácticas en favor de la sociedad. Esto que es una verdad palmaria y evidente quiere destruirse por la preocupacion

contra la historia con la sacramental frase de *estudio nuevo, innovacion en la ciencia, positivismo literario, materializacion de la inteligencia, etc., etc.*; ¡como si estas palabras pudieran destruir lo que instintiva y espontáneamente pide y reclama el hombre; como si la necesidad de la verdadera historia no fuera tan antigua como el deseo de saber en el hombre!

No nos detendremos en refutar la absurda pretension de los enemigos de la historia, de los que solo aspiran á saber rutinariamente, basando toda su ciencia en la palabra, apreciacion y criterio del autor que eligen como Mentor y cuyas definiciones forman el arsenal de todos sus conocimientos. Dar oídos á estas lamentaciones, expresion de la pereza, del tédio y del cansancio en el sendero de la ciencia, seria menospreciar la autoridad de los grandes sábios que nos precedieron y que miraron con veneracion, respeto y amor á la ciencia basada en la historia. El mismo Dios quiso ser el primer historiador para dirigir los pasos del hombre; y la divina revelacion es una historia infalible de ese gran acontecimiento que llamamos *creacion*, y que ciertamente ignorariamos sin la narracion cosmogónica de Moises. La misma universalidad de la historia es una prueba de su necesidad, porque no podemos aislar los hechos ni concretarlos á un punto, ni limitarlos á un individuo, si queremos indagar el origen, progresos, vicisitudes y conexiones que necesariamente surgen, como eslabones de esa gran cadena que llamamos universo. Un hecho, un acontecimiento considerado aisladamente ó nada significa, ó puede significar una cosa muy distinta de lo que realmente es, y estraviar la mente del que lo estudia; pero considerado con sus relaciones nos dá idea de sí mismo, de sus causas y de sus efectos.

Por esta razon las historias parciales adolecen de inexactitudes considerables; las historias privadas exageran los hechos, y lo que nos parece increíble por su magnitud, se desvanece cuando se le coloca en el punto que debe ocupar en el concierto general de los acontecimientos. La historia, Señores, hace que el hombre aprecie el mérito en su justo valor, destruye las preocupaciones vulgares y hace brillar la gloria que una inteligencia no cultivada pasa desapercibida. La historia es el faro luminoso que marca nuestro rumbo en el inmenso mar de las ideas; es la brújula que dirige, que enseña el conocimiento de los escollos y el derrotero seguro que conduce al puerto. Sin la historia no puede darse ciencia completa, porque los conocimientos, producto de la investigacion que ha necesitado tiempo, asiduo trabajo continuado por generaciones distintas, se adquirieran al través de mil vicisitudes que semejantes á la fragosa tempestad de los mares, ora animaban al espíritu emprendedor que acometia la empresa presentándole la fulgida estrella de la esperanza, ora destruian toda idea de porvenir, cerraban el horizonte, y agitando las olas de la desesperacion abrian el abismo que debia sepultar los trabajos tan costosamente ejecutados. Estas vicisitudes, estos combates que venian de distintos puntos y que traian relaciones encontradas; estos vientos de los cuatro cuadrantes que arremolinaban y hacian chocar con estrépito á la verdad con el error y que los confundia en momentos dados, es la parte histórica de la ciencia que ofrece á nuestra vista la terrible ebullicion de las ideas, las corrientes encontradas de los sentimientos que arrancaban del fondo del corazon, del fondo del alma, las impurezas de las pasiones y del error, para que despues quedara

limpia y cristalina la linfa de la verdad, cuyas rizadas y niveas corrientes debian satisfacer las necesidades de nuestros espíritus y fertilizar el anchuroso y fecundo campo de la humanidad. Las mismas verdades dogmáticas; esas inamovibles, sólidas y eternas rocas que jamás padecen alteracion, reciben su brillantez, su hermosura a la vista del hombre, por las oleadas que produce la tempestad del error; y la narracion de las heregias, de los Concilios, de la controversia católica engrandece nuestra creencia, ennoblece nuestra fé porque se patentiza como *obsequio razonable*, á diferencia de la estúpida abdicacion de las facultades mentales. Esta es una verdad inconcusa; y sabido es que no se encuentran objeciones de importancia que merezcan el nombre de tales conociendo á fondo el dogma con su razon histórica.

Esto prueba que no es una exigencia de la época, ni una preocupacion de moda, ni una enseñanza de adorno el estudio de la historia, y que es un empeño tan gratuito é infundado como inconsciente el de rebajar la importancia y necesidad de los estudios históricos. La definicion que el inmortal Cervantes nos dá de la historia, revela perfectamente lo que acabo de decir: *Escuela del tiempo, la llama, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, y advertencia de lo porvenir; sin cuyo estudio no hay mas que degradacion y miseria de espíritu y con el cual hay verdadera sabiduria, fundada en la esperiencia de los siglos.* No se puede hacer elogio mas completo con menos palabras, y esta autoridad en el mundo literario me releva del trabajo, que siempre seria insuficiente, incompleto y pobre, salido de mis manos, de encomiar hasta en justo valor la necesidad de la historia.

Reconocida la necesidad del estudio de la historia, debemos concretarla á la historia eclesiástica que es lo que mas directamente afecta á nuestra ciencia. Si en general para todas las ciencias se requieren conocimientos históricos que espliquen y desentrañen las grandes cuestiones, es muy principalmente requisito necesario para el teólogo el estudio de la historia eclesiástica: 1.º porque ella, tan universal como el sentimiento religioso, es la que sigue paso á paso la civilizacion de los pueblos; ella nos dá noticia y explica los grandes acontecimientos en el orden político y social, porque la religion con su benéfica influencia modificó radicalmente la marcha de los gobiernos y las relaciones de los asociados; ella nos descubre los gérmenes de descomposicion y de muerte que llevaba consigo un mundo gangrenado por la inmoralidad y la corrupcion; nos pone de manifiesto el cáncer oculto que devoraba las entrañas de la sociedad prostituida; y hermanando los hechos con la revelacion, patentiza de qué manera se cumple indefectiblemente la palabra de Dios, caminando libremente extraviado el hombre y abriendo un abismo á sus piés con sus propios desaciertos.

Por la historia eclesiástica conocemos los errores de la antigua filosofia que son reproducidos por los nuevos filósofos no cristianos, aunque ataviados con distintos trages y nuevas formas. El error, producto del orgullo, siempre es el mismo, porque las causas son las mismas, pero la manera de presentarse este accidente de escena varia segun las circunstancias de los tiempos; por eso conviene conocerle en el fondo, estudiarle en las causas, preveerle en los efectos,

y todo esto se consigue con el estudio crítico-filosófico de la historia.

Desde que el principio religioso, desde que la Religión Católica apareció y se difundió por todo el mundo; desde que derrocó los tronos vacilantes y rompió los cascados cetros de los emperadores paganos con su omnipotente paciencia, su invencible humildad y su resignación heroica; desde que los pueblos y la humanidad la reconocieron como fundamento sólido de estabilidad y bienestar, se ha tomado también como pretexto para satisfacer ambiciones y desordenados deseos. Hay épocas gloriosas en que resucitaron las nacionalidades oprimidas, las holladas instituciones y revivieron excelentes legislaciones que yacían derogadas por abusos criminales y detestables; épocas en que se aplaude la generosa lucha del derecho y la justicia contra la opresión y la tiranía, actos sublimes muy conformes con el espíritu de virtud y de abnegación que inspira la religión católica; entonces obra el principio religioso, anima la virtud de la esperanza, y acompaña á las luchas el celestial don de la caridad. Pero encontramos hecatombes terribles y repugnantes que se llevaron á efecto invocando el principio religioso, y que no era verdad, porque lo que hubo fué el deseo de venganza, la sed de mando, el aguijón de la codicia, que tomando hipócritamente el manto de religión como resorte misterioso de los pueblos, levantaron su espíritu é inconscientemente fueron precipitados en su propia ruina. ¿Cómo podrían distinguirse estos dos diferentes hechos cuando al parecer son idénticos, sin el estudio crítico de los mismos, sin sus antecedentes y consiguientes, sin el resultado final, fallo de una providencia eterna é inefable? Esto es lo que nos demuestra, lo que distingue

y determina la historia eclesiástica en los puntos relativos á la sociedad y á las creencias. No hay herejarca que al desplegar en bandera de rebelion no invocára la pureza de la doctrina que mancillaba; no hay cismático que al declarar la division entre los fieles, no pidiera la unidad, la pureza de la disciplina; no se presentó ningun ambicioso ó sanguinario, que al comenzar la guerra no propusiera el triunfo de la religion, toda paz y mansedumbre; y esto que fué en épocas anteriores existe hoy y sucederá mañana; siendo conocido únicamente el secreto de esta antifrasis, de este fenómeno antitético, por las revelaciones de la historia. La Iglesia de las Catacumbas que triunfa por el martirio; la Iglesia de la edad media que sujeta y detiene al bárbaro vencedor, suaviza su costumbres, civilizando sus hordas invasoras y dándoles sentimientos generosos, inspirando la idea y el amor de pátria á aquellas gentes nómadas, estableciendo relaciones indisolubles entre vencedores y vencidos, ¡borrar de todo rastro de raza y division; esta religion, esta Iglesia nunca puede invocar la guerra, nunca inspira la agresion; á lo mas aconseja y manda la defensa, siempre con el elevado fin de restablecer la paz, de evitar las devastaciones, de conservar el derecho y la dignidad y el decoro de los individuos y de los pueblos.

Ved aquí porque, Señores, los que se hallan bien cimentados en la esperiencia de la historia reprueban ciertos hechos que los ignorantes aplauden sin razon ni fundamento; distinguen las instituciones de los individuos, y con una humildad verdadera que desconoce la ignorancia, respeta las variaciones que los hombres eminentes miran como necesarias, segun las épocas y las tendencias. La historia eclesiástica

que nos enseña la perpetuidad de la doctrina, su firmeza indestructible apesar de los esfuerzos del infierno, nos dá tambien razon de la disciplina segun las necesidades de los tiempos y lugares, designando las causas y motivos de su existencia, nos esplica hasta las relaciones con el Estado, descubriendo los secretos de la política y las graves cuestiones del órden social. La historia eclesiástica es la crónica, los anales de los pueblos de los que la Iglesia es perpétua tutora, por eso vemos que unas veces se une á ellos para combatir en el terreno legal á los Reyes opresores; otras condena el feudalismo cuando olvidado de su origen y fin degeneraba en la tiranía misma que combatió; otras pone coto á las demasías de un municipio despótico que ella misma creára en bien del derecho de los asociados y siempre en fin ocurre á las necesidades de la humanidad. Esta es la razon de porque todas las formas de gobierno son admitidas por la Iglesia, sin que condene ni acepte en absoluto ninguna, porque su fin es mantener el principio de autoridad regulador de la sociedad sin que degenerare en abuso, y asegurar el bien de los pueblos sin perjuicio de aquel.

El despotismo y la demagogia, la tiranía y el libertinage, destruyen, matan á la autoridad y al pueblo, matan la sociedad compuesta precisamente de estos dos elementos esenciales. Este es el resultado que nos dá la historia,

Y así, Señores, como por mas que se invoque la religion cuando el fin que nos proponemos es malo, tenemos un resultado funesto, por que la Providencia que vela incesantemente no puede permitir el definitivo triunfo del mal que abusa sacrilegamente de lo mas santo en el mundo, cual es el sentimiento re-

ligioso, de lo cual nos dá un testimonio elocuente la historia: así tambien por el estudio de la historia eclesiástica deducimos para el porvenir la leccion siguiente «*todo lo que debe suceder, sucede;*» es decir, todo lo que es conforme al justísimo plan de la Providencia sucederá. Este segundo principio nos hace augurar con mas ó menos certidumbre el desenlace de graves y complicadas cuestiones, cuya solucion anticipada la encontramos en conmociones y caidas terribles y estrepitosas, ó de hombres eminentes ó de instituciones seculares que apartándose del camino recto á que estaban destinados y que emprendieron con ardor, cayeron en la abyeccion mas denigrante.

No hay que hacerse ilusiones; el triunfo en esta eterna lucha de la humanidad está reservado á la virtud, y asi como el pueblo de Israel, modelo que Dios puso á nuestra vista, triunfaba de sus enemigos mientras conservaba su fidelidad, del mismo modo ahora y siempre, los individuos y las corporaciones, los Reyes y los pueblos triunfarán mientras llenen su destino Providencial, serán felices y obtendrán el auxilio divino cuanto tiempo cooperen á su vocacion, pero caerán confundidos y avergonzados en el momento mismo que se desvian y confian en sus miserables y raquíticas fuerzas. Esto que tiene su fundamento en el dogma que nos enseña á creer que Dios que comienza la obra, la acaba y perfecciona, lo encontramos confirmado por los hechos, nos lo patentiza de una manera tangible la historia, y estudiando detenidamente la esperiencia de los siglos y la verdad eterna, conocemos la reciprocidad de la elevacion y decadencia, y venimos á convenir en la exactitud de la verdad histórica «*lo que debe suceder sucede,*» y en la consoladora é inefable verdad cató-

lica; segun Santo Tomás «*La misericordia de Dios brilla en todos sus obras hasta en el castigo de los malos.* ¡Qué consorcio tan admirable encuentra el hombre pensador y estudioso! ¡qué armonía tan encantadora existe en todo el universo! Solo la verdad puede hacernos felices en este mundo, y para eso necesitamos aprenderla en el pasado para conocerla en el presente.

III.

¿Pero á qué género pertenece la historia eclesiástica?

No falta quien siguiendo la huella de los impugnadores de la Iglesia trata de hacer ver que la historia eclesiástica no participa de ningun carácter y distintivo propio, siendo una copia de los historiadores antiguos. Objecion es esta, que nada dice en contra de la historia eclesiástica, por ser la misma que pudiera hacerse de los historiadores modernos tratándose de la historia universal; pero es preciso que salgamos al frente de nuestros adversarios y hagamos la defensa de la historia moderna tanto eclesiástica como profana.

Es una verdad que hoy la crítica ó lo que llamamos filosofía de la historia se encuentra á gran altura, y que solo las reglas de esta crítica han podido destruir las fábulas inventadas por la preocupacion, la pasion y los desvarios de la antigüedad y que se insertaban en la historia como hechos reales, positivos é indudables. Cuánto haya tenido que trabajar la moderna crítica para acometer y llevar á cabo esta empresa se comprende á la simple consideracion de la distancia cada vez mayor que nos separa de los sucesos referidos, y por lo mismo pierden aquellos tanto en importancia cuanto crece la oscuridad que

sobre ellos estiende la densa niebla del pasado y del tiempo. La moderna filosofía de la historia, la severa crítica ha tenido que hechar mano de todas las ciencias, registrar las antigüedades, buscar en las entrañas de la tierra, llamar en su auxilio á la Geología, la Geografía, Astronomía y á todas las ciencias naturales; descifrar antiquísimos y casi ininteligibles manuscritos; comparar los restos de legislaciones vetustas y caducadas; interrogar á las bellas artes en sus vestigios casi borrados, inquirir entre los escombros y ruinas; todo, todo lo ha puesto en juego para averiguar la verdad y sentar los hechos evitando interpretaciones, destruyendo preocupaciones, y arrancando errores. Aun cuando no hubiera hecho mas la moderna crítica, habia hecho bastante, abrir el camino seguro de la historia; y no es poco encontrar el sendero, dejando á la posteridad el suave y ligero trabajo de perfeccionarlo. ¿Y quién ha contribuido mas al descubrimiento de esta senda de verdad y certidumbre? Nada aventuramos al decir que la Iglesia, la religion cristiana, con ese interés por todo lo que á la humanidad conviene; con esa severidad por defender la verdad, sus derechos y fueros; con esa solicitud por la conservacion de la verdadera sabiduría, es la que sobreponiéndose á los acontecimientos con una serenidad mas fuerte que la desgracia, con una fé mas viva que el escepticismo hijo de la corrupcion de costumbres con un valor sobrenatural que no se doblegaba ni decaia al escuchar el estrepitoso derrumbamiento de los tronos y el espantoso silencio de la muerte, con una perseverancia que contrastaba con la volubilidad de épocas indecisas y de transicion; la Iglesia y el cristianismo ha sido indudablemente el guardador de la historia y el inventor de su crítica.

Ni es exageracion al hablar de este modo, ni trato de cometer una injusticia usurpando derechos agenos en beneficio de la Iglesia. Oigamos al Vizconde de Chateaubriand: «*Poseo muchas historias universales y ninguna me sirve; en todas mis dudas ningun libro me dá luz, fuera de la obra maestra de los Benedictinos. Cuando no tengo á la mano este libro hayo cuenta que me faltan todos.... De esos sábios modestos,* añade en otro lugar, *á quienes cupo la triple gloria de dar la Europa al arado, de cristianizarla y de escribir y archivar sus anales.*» Esta asercion del escritor francés es el eco, y á su vez se halla repetido por todos los hombres conocedores y amantes de la historia, quienes rechazan las obras de las academias como parciales é imperfectas, no tienen en gran estima las bibliotecas enciclopédico-históricas, y buscan y satisfacen sus deseos con la obra de los solitarios cristianos, que cual vigilantes tomaron acta de los hechos contemporáneos y examinaron los pasados en el reposo y silencio de su amada soledad. Al recordar Señores, los trabajos de estos religiosos, el corazon se dilata y la envidia y emulacion se deja sentir en el alma, porque nada hay mas grato y consolador que el estudio de la humanidad, sin mas testigos que la naturaleza y puesto el corazon en Dios que ilumina, inspira, aviva el sentimiento, nos acerca á El, y nos engrandece extraordinariamente. ¡Qué contraste forman estas escenas intimas de amor y de sentimiento con las superficiales que nos ofrece el mundo en medio de un mar de apariencias con un fondo de mentira y desengaños! Pasemos adelante, y dispensadme esta pequeña digresion.

Tenemos un hecho elocuente que habla muy alto en favor de la influencia de la Religion sobre la his-

toria. La mas célebre Academia, la de la Historia de Alemania, hizo un llamamiento á todas las del mundo para que reunidas y puestas en comunicacion íntima se formára una historia universal; este pensamiento grande y muy plausible no pudo llevarse á cabo por las dificultades ordinarias é inherentes á los miembros de estos altos cuerpos científicos. Todos sus individuos son personas distinguidas, hombres de asuntos y negocios importantes; en su mayor parte pertenecen al personal diplomático é intervienen casi todos en los graves negocios de la alta política interior y exterior; son miembros de otras muchas academias notables, ateneos, etc., se ven en la necesidad de multiplicarse y sabido es que *pluribus intentus minor est ad singula sensus*; el estrépito de las Córtes, la baraunda del mundo no permiten llevar á cabo estudios que requieren la paz, tranquilidad y sosiego del gabinete. Esta es la razon de porque las Academias de la historia de toda Europa, del mundo entero, no llevaron á cabo la obra que los Benedictinos, quienes por su profesion religiosa, por su estado y ocupacion constante lo efectuaron.

Contribuyó grandemente á llevar adelante esta empresa colosal la universalidad de las órdenes monásticas; luego que el imperio romano cedió su lugar á las huestes del norte, desapareció la unidad política y vino la distincion de pueblos y de nacionalidades, que consolidadas tal vez establecieron una division honda, profunda y rencorosa entre vencedores y vencidos, y de los vencedores entre sí. Afortunadamente la doctrina católica una, indivisible y eterna, tomó á su cargo, unificar las razas, las costumbres, las creencias y los sentimientos; las comunidades religiosas, asilo del saber y de la virtud se admiraron

entre los nuevos pueblos; estaban, se relacionaban recíprocamente; y de su seno han salido los misioneros que en alas de la caridad marcharon á regiones desconocidas para extinguir el salvagismo, establecer la civilización basada en la caridad cristiana y recoger sus tradiciones, usos, costumbres, etc., Así se explica bien cómo el cristianismo, cómo la Iglesia realizara los grandes adelantos que no consiguieran los hombres de Estado apesar de su gran talento, de su génio vigoroso y de su actividad. Dice el célebre Mavillon que no existe nacion alguna que no se reconozca deudora á Cenovitas de la conservación y ordenamiento de sus tesoros históricos. El mismo protestante Marshau, no puede menos de reconocer los grandes adelantos, los inmensos beneficios que á la historia proporcionó la Iglesia, y se vió obligado á confesar «que sin aquellos solitarios, su pátria carecería de historia:» *Nos sane in historia patrice essemus pueri.* La obra preciosa de los Benedictinos en nada se parece á esos libros de discusión, mas bien que de narración, de encono, apasionamiento y personalidades, en vez de educación; *no es*, diré con un autor contemporáneo, *como aquellos torrentes que en vez de dar vida á los campos, siembran la destrucción y la ruina; es una corriente magestuosa, vivificadora y cristalina. Graves, sesudos, severos, investigadores infatigables, siguen los Cenobitas en marcha acompañada è imponente, mientras algun fuerte obstáculo no les sale al paso, que entences saben superarle con sagacidad y con esfuerzo. Imparcialidad, ciencia profunda, perfecto conocimiento del corazón humano, ha dicho una de las mas famosas academias Italianas, he aqui las dotes de los autores de este inmortal monumento histórico.*

Aquí tenemos retratadas á grandes rasgos la historia eclesiástica y la historia universal escrita bajo la égida del Catolicismo que es el mejor amigo de la humanidad; y á todas estas ventajas que tiene la Historia antigua, podriamos añadir otras que indudablemente se tiene por el perfeccionamiento del método y modo de tratar las cuestiones. Permitidme que para final copie un párrafo del Autor del Genio del Cristianismo hablando de Bosuet como Historiador, dice así. «La obra en que puede admirarse, la influencia del Genio del Cristianismo sobre el de la Historia es el discurso sobre la Historia Universal. Político como Tucydides, Moral como Genofonte, elocuente como Tito Livio y tan profundo y gran Pintor, como Tácito, el Obispo de Meaux emplea además un lenguaje grave y unos giros sublimes de que no hay ejemplo en parte alguna exceptuando el principio del Libro de los Macabeos.—Bosuet es mas que un mero Historiador, es un padre de la Iglesia, es un Sacerdote inspirado sobre cuya frente como sobre el Legislador de los Hebreos resplandece con frecuencia el rayo de luz. ¡Que examen hace de la tierra; Hállase en mil lugares á la vez. Patriarca bajo la palmera de Tofel: Ministro en la Côte de Babilonia; Sacerdote en Menfis; Legislador en Esparta Ciudadano en Atenas y en Roma, cambió á su alvedrio de tiempos y lugares, pasando así con la rapidez y la rapidez de los siglos.... La primera parte de su discurso es admirable por lo que respecta á la narracion: la segunda por la sublimidad del estilo y la elevada metafísica de las ideas; y la tercera por la profundidad de las miras morales y políticas.»

Nada tengo que añadir á estas elocuentes palabras, dignas de cerrar ó terminar mi pobre y des-

aliñado discurso, sino otro mas brillante, profundo y filosófico. Creo que por ellas, y por las Autoridades citadas habreis comprendido la gran importancia, mejor diré la gran necesidad del estudio de la historia: solo me resta suplicar á mis queridos y dignos Comprofesores, á quienes estimo en lo mucho que valen, y respeto mas que aprecio, se dignen dispensarme su indulgencia por este pobre y mal pergeñado discurso, resaltando mas vuestra generosidad, á medida, que es mayor la pobreza y pequeñez de mi trabajo.

Y vosotros jóvenes escolares, que emprendeis el escabroso y áspero camino de la ciencia, comprended bien, que sin una vocacion inquebrantable no podreis llegar al término de vuestras aspiraciones, pero que con ella, vencereis todos los obstáculos, porque la verdad, á cuya posesion aspirais, mas fuerte que los acontecimientos, mas duradera, que las épocas de transicion ó de estabilidad, mas seductora que los placeres y goces de elementos materiales y mas preciosa que las riquezas del mundo, os llamará á sí con una fuerza irresistible, que salvará las distancias, rellenará los abismos, aplanará los montes y consolidará las superficies débiles, dando aliento á vuestro espíritu y firmeza á vuestras plantas, para que con paso firme y seguro obtengais el premio de vuestros afanes; consiguiendo con la adquisicion de la ciencia y la posesion de la verdad la bendicion de Dios, la gratitud de vuestros semejantes, y la felicidad propia; sereis el consuelo de vuestros Padres en su ancianidad, la honra de nuestra pátria y la gloria y corona de vuestras familias.

HE DICHO.

